

TRINCHERA, por *Enrique Espinoza*.

Enrique Espinoza, director del periódico *La Vida Literaria* que se edita en Buenos Aires, ha reunido en un volumen de sugestivo título *Trinchera* (1), una serie de interesantes artículos de crítica. Espinoza tiene en su haber una sólida cultura a la vez que una gallarda independencia para sus juicios literarios. *Trinchera*, simboliza esta doble cualidad y afirma un valor literario que cuenta entre los mejores de la juventud de la vecina república. La dirección misma de *La Vida Literaria* es ya una suerte de batalla continua. Por tanto, es *Trinchera* de propósitos de superior calidad intelectual. El libro lo confirma ahora y el prólogo nos dice, en unas breves palabras muy oportunas, lo que allá como aquí, cuesta enderezar rumbo por un camino de elevación.

El artista en quien la vida no deja huellas de su fluir continuo a través del tiempo y del espacio, es porque vive en vano, igual que esas mujeres hermosas y estériles para quienes no pasan los años ni los «maestros» de París.

Esto que dice Espinoza es la tragedia de tanto artista americano que vive para sí mismo, encerrado en la vieja y carcomida vivienda de marfil, ya enteramente pasada de moda. A su costado pasa el turbión amenazante que llena el aire con la inminencia de trágicas posibilidades, pero él permanece sordo y ciego a las llamadas que de todos los si-

(1) Editorial «Babel» Buenos Aires, 1932.

tios se cruzan sobre su cabeza de faisán egoísta. *Trinchera* es la negación de esa postura. Basta recorrer los interesantes artículos consagrados a fijar las expresiones de raza o cultura, a Waldo Frank, a Payró, a Mariátegui o a Hudson, para comprender la modernidad humana y el sentido de cultura que posee este escritor. Igualmente interesantes las notas dedicadas a Horacio Quiroga, a Reiner M. Rilke, a Góngora y Einstein. Y al final del libro unos apuntes finos, cargados de intención y de ironía acerca de la obra de algunos escritores jóvenes de Argentina.

*Trinchera* es en suma, un libro novedoso, de firme y altiva independencia demolidor de mitos desgastados, irónico, como conviene en estas literaturas que erigen a menudo ídolos de hueca entonación y especialmente un libro que sugiere medulares reflexiones sobre el destino americano en su cultura y en su raza. Volveremos sobre algunos puntos y aspectos del libro, para comentarlos con más espacio. Entre tanto hemos querido agradecer el envío y dar cuenta de su aparición a nuestros lectores que se interesan por la cultura de América.—*Domingo Melfi*.

ESCRITORES DE CHILE, por *E. Solar Correa*.

Menos reparos provocó el tomo de Solar Correa consagrado a la literatura colonial que este tomo destinado a agrupar una selección de autores y trozos literarios del siglo

XIX (1). Y se comprende. Es más virginal la creación durante el período de la Colonia. Virginal en el sentido de ausencia de factores perturbadores para el escritor. El cronista del período colonial, vivía con menos combatividad que este escritor del siglo XIX que anduvo en la brega política, fué orador, tribuno, revolucionario... y escritor. El siglo XIX es de formación política. De construcción y de organización. No es un siglo de estetas con ser un siglo romántico, en el que la postura y hasta la actitud de los hombres tenía algo de gallardo y de bizarro. Justamente, los estudiosos de hoy que han analizado el libro le hicieron una serie de reparos. Todos encaminados a censurar exclusiones e inclusiones arbitrarias. Solar Correa partió de la base de exponer documentos para dejar al lector la tarea de apreciar el contenido artístico de los trozos. Es un procedimiento. Sin embargo, nos parece que el autor de esta selección—muy interesante por otra parte—debió poner al frente en lugar de esas «dos palabras» tan breves, con que inicia el volumen, una apreciación, una interpretación de ese siglo en su calidad literaria. Diríamos mejor, un pequeño panorama con las alternativas e influencias que en el siglo, sufrió la creación artística. Esa ojeada serviría a los lectores para penetrar mejor en la médula del siglo. ¿Por qué ese siglo tuvo tal fisionomía antiliteraria? Porque los escritores cayeron unos en la tribuna política, otros en el parlamento, muchos en

la trinchera revolucionaria, los más en el periodismo y otros en una burocracia que les cegó para la obra de esencia artística? El autor puede hacernos el reparo de que todo eso que pedimos está insinuado en las notas que llenan el libro. Pues bien, con ser esas notas, de un subido interés, no dan la medida cabal que exigimos.

Donde quiera que este libro esté destinado a circular—bien en los colegios, bien entre simples lectores o curiosos de nuestra literatura—se echará de menos ese pórtico previo bajo el cual el lector encontraría, en síntesis, un estudio de la fisionomía general del siglo cuyos autores más sobresalientes según, el autor, se les va a mostrar en seguida. El señor Solar Correa tiene suficientes condiciones para ello. Pero prefirió este procedimiento de la simple presentación, aun cuando de ella haya excluído a Bilbao—es un caso—, cuyas páginas sobre Santa Rosa de Lima, no pueden ser olvidadas en su calidad. El siglo XIX es peligroso, sin duda alguna para los que intenten una antología o un cuadro interpretativo. En tal forma andan mezcladas en los hombres que escribieron la turbulencia política y apasionada con la literatura, que aun hoy, ellas imprimen su sello en los escritores de nuestro siglo. Un criterio estético estricto dejaría pocos autores en pie. Quizá haría entrar otros que en este libro no están mencionados.

Circunscribiéndonos por ahora a lo que el autor nos presenta. ¿cree que basta en una antología del siglo XIX esa escueta presentación del

(1) Imprenta Universitaria, 1932.—Santiago.

novelista Blest Gana? Siendo este en la creación novelesca, la figura máxima del siglo—¿sería acaso exagerado decir que en toda la América hispana—y esto sin chauvinismo de nuestra parte?—le corresponde una presentación más amplia en el sentido interpretativo y mediante la cual el lector pueda recibir una impresión más o menos integral sobre lo que ese novelista significa en Chile, en el siglo en que vivió, en la historia de nuestras costumbres, en la creación de los tipos novelescos, en la influencia que recibió y en la que extendió sobre otros novelistas chilenos. Si la intención de Solar Correa, fué la de dar cabida sólo a los creadores artísticos, nos parece extraño que la presentación del más grande de todos, sea igual a la de algunos mínimos que en el libro aparecen.

Con todo, la labor que se ha impuesto Solar Correa merece elogios. Es uno de nuestros escritores que trabaja con más conciencia y si esta selección nos merece algunos reparos, debemos reconocer que abundan en cambio en ella, el buen gusto el sentido de la medida y un considerable conocimiento de nuestra literatura del Siglo XIX.—

*D. Melfi.*

AMÉRICA INICIAL, por *Luis Franco*.

Nos interesan más los libros europeos que los americanos. Conocemos mejor las literaturas extranjeras que las de nuestro continente. Estas verdades perogrullescas no han sido aún desmentidas. Un rápido

viaje por las librerías basta para convencernos de ello. El snobismo está siempre alerta y por centenares de libros mediocres que las editoriales europeas nos arrojan—nos arrojaban, digamos ahora que estamos condenados a no recibir libros extranjeros—sólo unos pocos libros americanos, llegan a nuestras librerías. Y llegan a precios prohibitivos. Nuestra moneda parece una mendicante si se la compara con las de otros países. Antes de producirse nuestra bancarrota económica, el fenómeno del aislamiento intelectual provenía de la indolencia para abrir caminos de acercamiento o de intercambio. Estábamos encerrados, encorsetados en nuestras fronteras y sólo las abríamos al libro europeo. Un concepto muy rudimentario de la cultura nos hacía creer que América era incapaz de producir obras de mérito. En general, carecíamos de amplitud para juzgar por cuenta propia y esperábamos que el libro americano diera la vuelta por Europa primero, en viaje de consagración, para que le franqueáramos nuestra privanza. Se ha modificado ya grandemente este concepto, si bien el libro americano continúa inmóvil dentro de su respectivo país de origen.

El libro del escritor argentino, Luis Franco, *América Inicial* (1), es apenas conocido en nuestro país. Y es un libro de rica entonación ideológica. El ensayo que da nombre al libro es un conjunto magnífico de fuerza y de fervor por la creación de una América no ornamental y de cultura prestada, sino una América

(1) Editorial «Babel», Buenos Aires, 1932.